

LOS QUIJOTES

Precios de suscripción

Publicación quincenal

25 ejempls. 75 cts

Un año..... 1,50

Administración: Pasaje del Comercio, 8.--Madrid

Núm. suelto 5 cts.

Diálogo entre Don Quijote y Sancho

De la heroica resolución que adoptó Don Quijote ante una descomunal batalla que á su vista se celebraba.

Caminaron amo y mozo toda la noche por el sendero que abancalandó la montaña les condujo á posarse sobre su cima y allí descansaron algún tiempo hasta que las luminarias del alba comenzaron á despertar la tierra de su perezoso sueño.

Con la aparición de los primeros rayos del sol coincidieron estampidos horribles, como de máquinas infernales que conmovían el suelo á la manera de terremotos y el espacio inundábanlo de densísima humareda.

—Para mi santiguada—dijo Sancho—que á la vista tenemos una guerra formidable en la que su merced puede tomar parte y ganar para mí el condado y la ínsula que prometidos me tiene.

—Pasito, Sancho, pasito, que en vez de guerra puede ser una celada que los malignos encantadores me disponen, y además has de saber, ambicioso escudero, que á la guerra se va con cuenta y razón y antes de sumarse á

uno ú otro bando hay que saber de parte de quien está el derecho y la justicia, cuando por lo formidable de la lucha, no es posible que un solo caballero, por valiente que sea, ponga paz entre los combatientes.

—Cosa difícil es—dijo uno de los que á Don Quijote acompañaban—resolver esas cuestiones en esta contienda. Valor sobró y faltó prudencia á todos los contendientes. Celos son movidos por mercantiles codicias los que están causando esos estragos entre la mayoría de los pueblos de la cristiandad.

—¿Pero no luchan por libertar á los oprimidos?—preguntó Don Quijote.

—En modo alguno.

—¿Ni por reprimir invasiones de pueblos bárbaros y feroces?

—Tampoco.

—¿Ni por aniquilar bandas de foragidos ó piratas?

—Tampoco.

—¿Que es, pues, lo que les ha movido á tan horrorosa efusión de sangre?

—Ambiciones de soberanía, intereses materiales, ostentaciones de poder...

—Guarda, Sancho—dijo apesadumbrado Don Quijote—, partámonos de aquí, que el valeroso Don Quijote de la Mancha, no puede dar la sanción de su presencia á una guerra injusta que por su injusticia parece crimen.

É. Barriobero y Herrán

Los Casinos de Marte

(Una escena del año dos mil)

—Y dime, amigo Germinal, ¿donde has estado estos tres últimos años?

—En Marte.

—Te habrás divertido mucho. He oído decir que los casinos de ese planeta tienen millones de socios, y su presupuesto de gastos alcanza á miles de millones.

—Es verdad, pero están organizados de una manera tan especial que los hace poco envidiables.

—A ver, cuéntame.

—Los libros, periódicos y mobiliario de un casino de la Tierra son únicamente de quien los utiliza. Si yo tomo una silla podré decir mientras estoy sentado ella: *esta silla es mía*, pero en cuanto dejo de utilizarla, cesa mi derecho sobre ella, y el que la necesita la toma, y se hace su usufructuario. En Marte no pasa así, todos los enseres del casino, y hasta el piso y las paredes, están acotados. Unas cosas son de un socio, otras de otro, y la inmensa mayoría no posee nada.

—Y ¿qué hacen cuando algo necesitan?

—Lo alquilan á quien lo quiera ceder.

—¿Y si nadie quiere cederlo? ¿Y si todos los poseedores se ponen de acuerdo para ceder únicamente por un alquiler elevado?

—Entonces los que lo necesitan se pasan sin ello.

—Hacen mal. Pueden acudir á la Junta directiva ó al Presidente.

—La Junta directiva está formada por los propietarios, y la Presidencia también es

una propiedad particular, y, además, vitalicia. Cuando un presidente muere, le sustituye una persona de su familia, á veces, su señora, casi siempre alguno de sus hijos, aunque esté en la lactancia. No pasa como en la Tierra, donde el Presidente es solo por cierto tiempo y no puede disponer libremente de su cargo.

—¿Qué cuota se paga?

—Muchas cuotas y muy variadas. Los socios pagan cuota por cuidar los jardines, por aumentar el mobiliario de la Sociedad, por escribir libros y periódicos para la Biblioteca, etc.

—Pues por esos trabajos, parece que debía dispensarse de pagar cuota, y que la pagasen los que nada hacen. Pero, en fin, si luego se resarcan los trabajadores con el producto de su trabajo...

—Te equivocas. Los que nada poseen son los que trabajan más, para seguir siempre sin poseer nada, pues su trabajo solo aprovecha á los propietarios.

—¿Extrañas sociedades!... Y además, ¿no parece natural que los trabajos que hacen los socios no-propietarios, tales como cultivar los jardines, lo hicieran los empleados de los casinos?

—Eso te parece á tí, hombre terrícola. Pero allí los criados de los casinos se consideran los amos de la sociedad, los intermediarios entre los socios y la junta directiva y ¡ay del socio que se atreve á faltar á un empleado!

—Lo darán de baja.

—Eso nunca se hace. A nadie se le da de baja, ni nadie lo solicita.

—¿Como es eso?

—Cuando nace un marciano, se le inscribe como socio en un casino. A veces podrá pasar á ser socio de otro, pero le está prohibido no pertenecer á ninguno.

—Acaso las juntas directivas de todos ellos se entienden entre sí.

—Al parecer, no. Todas son rivales, y su rivalidad llega con frecuencia á mandar á sus respectivos socios, á las órdenes de los criados, que vayan á degollar á los socios

del casino enemigo, y á quienes más se distinguen en la matanza los nombran como premio empleados.

—Estarán muy descontentos los que no sean empleados.

—No lo creas, todo marciano está enamorado de su respectiva sociedad en la que ve una prolongación de su propia familia.

—Y nunca se les ha ocurrido modificar por lo menos algunos de los muchos defectos que tales casinos tienen.

—Yo los he hablado algo sobre este asunto y todos se han burlado de mí. A lo sumo me han dicho que las sociedades de Marte siempre han estado organizadas así, y siempre lo estarán.

—¿Lo que puede la costumbre!

F.

DE "EL FARAON"

Novela del polaco B. Prus

Del CAPITULO PRIMERO

Gobernaba Egipto Ramses XII, viejo achacoso completamente dominado por el poder sacerdotal. Su hijo Ramses, joven inteligente y enérgico, que había de sucederle, aspiraba al mando del ejército, y á fin de probar sus aptitudes, el monarca egipcio, de acuerdo con su ministro de la guerra Herhor, al propio tiempo supremo sacerdote, dispuso unas maniobras de que sería juez de campo el mismo ministro de la guerra, en las cuales el príncipe mandaría un ejército contra el más reputado general de la nación, contra Nitager.

El mismo príncipe, con una actividad y un celo grandísimos, atendió se cumplieran sus órdenes de concentración de las tropas, aprovisionamientos y disposiciones de marcha, en forma tal, que nada escapó á su previsión, maravillando á los más expertos generales y revelándose un gran carácter.

Marchaba el ejército del príncipe por una calzada en busca del contrario, cuando la vanguardia hace alto, y de ella se destaca

un jinete que viene sobre el grueso de la columna. Echa pié á tierra y dice:

—¡*Erapatre*, la más sabia palabra!—y al mismo tiempo se inclinó ante Ramses—. Cuando conforme á vuestra divina orden, conduciendo la vanguardia y atentamente explorando marchaba por la calzada, noté ante mí dos bellos escarabajos. Cada uno rodaba su bola de arcilla por la calzada hacia las arenas...

—Bien ¿y qué?—interrumpió el príncipe.

—Desde luego—continuó Eunana, que así se llamaba el jinete, mirando al ministro— como manda nuestro fervor religioso, mis hombres y yo, honrando con nuestra adoración las santas imágenes del sol, detuvimos la marcha. Es tal tan importante augurio, que nadie osará avanzar sin orden para ello.

—Observo eres un egipcio piadoso, no obstante que tus facciones denuncian tu origen extranjero—dijo Herhor, y dirigiéndose á los nobles que le rodeaban agregó:

—No iremos más allá por la calzada, porque pudiéramos aplastar los santos escarabajos. ¿Pentuer, á la derecha, por el desfiladero, puede rodearse la calzada?

—Sí, Excelencia—respondió el secretario—El desfiladero tiene milla y media, y vuelve á la calzada casi frente á *Pi-Bailos*.

—¡Gran pérdida de tiempo!—interrumpió colérico el Príncipe.

—¡Juraría no ser escarabajos, sino los espíritus de mis usureros fenicios! ¡No pudiendo, después de muertos, recuperar el dinero, quieren obligarme á cruzar el desierto en castigo!...—dijo Tutmosis, primo del Príncipe.

El séquito del Príncipe esperaba con temor la solución del conflicto; Ramses dijo al ministro:

—Santo Padre ¿qué opinais?

—Mirad á vuestros oficiales—dijo Herhor—y comprenderéis debemos marchar por el desfiladero.

—En este momento, Patroklo, general de las tropas griegas al servicio de Egipto, se adelantó y dijo al príncipe:

—Si me permitiéseis, Príncipe, yo continuaría la marcha con mi regimiento por la calzada. Nuestros soldados no temen las iras de los dioses.

—Vuestros soldados no temen ni respetan las tumbas reales. Pero no fué á ellas nadie sin peligro, porque ninguno volvió—dijo el ministro.

—Consentid, Santo Padre, que tal causa no embarace la marcha ni de un asno siquiera—replicó el Príncipe con cólera.

—Por eso nunca un asno será faraón—respondió el ministro con tranquilidad.

—En ese caso, vos ministro, conduciréis el destacamento por el desfiladero. No conozco la táctica sacerdotal. Además, debo descansar. Acompañadme primo—exclamó el Príncipe, y marchó con su pariente hacia las desnudas colinas.

(Continuará)

FATALIDAD

La declaración de guerra entre Francia y Alemania, rompió brutalmente la tranquilidad que disfrutaba la familia Bernet. Ante ellos se alzaba implacable el destino y les hacía comprender, aunque tarde, el error cometido al unirse en estrecho lazo. Sus memorias recordaban los pasados tiempos: ella era una bella parisina, de ojos rasgados, cabellos negros y andares voluptuosos; él un joven alemán, fuerte y apuesto, que representaba en París una casa comercial de su Nación. Así eran cuando se conocieron, y así se amaron sin tener para nada en cuenta su distinta nacionalidad.

Veinte años llevaban casados y ni el más leve disgusto turbó su felicidad; para colmar ésta, la Naturaleza habíales dado un hijo, que creció embriagado en el amor de sus padres... ¡Y así hubieran vivido eternamente!... Más la fatalidad se interpuso á su dicha y el rompimiento de hostilidades entre ambas naciones, la destruyó cruelmente.

Carlos—que era el nombre del hijo—ya era mozo, y las leyes de su Patria le obliga-

ban á empuñar las armas para defenderla... Pero, ¿contra quien iba á luchar? Contra la tierra de su padre; contra la Nación que les proporcionaba el pan que comían y el bien estar que disfrutaban... Materialmente él era subdito francés, pero, moralmente, ¿cuál era su verdadera Patria? ¿A quién debía defender?...

Entre tanto, su padre, como hijo de Nación enemiga, tenía que abandonar París inmediatamente... ¡Hasta su mujer ya le consideraba como peligroso!...

¡Que horrible contraste impuesto por las leyes que el talento humano ha sancionado!

.....
Varias semanas hacía que la guerra había empezado. El enemigo, en empuje avasallador y terrible, se iba aproximando á París, sembrando á su paso la muerte y la catástrofe.

Francia acumulaba á sus hijos, con [esfuerzos inauditos, para hacer frente al invasor y detener su marcha aterradora...

Carlos se encontraba en una avanzada. Los alemanes, que ocupaban una estratégica posición, les hacían un fuego mortífero diezmando los hombres, sin poder responder de igual forma.

Era necesario obligar al enemigo á evacuar aquel sitio, puesto que la lucha así se hacía insostenible; todos lo comprendían así, cuando recibieron orden de ir al asalto. Locos é inconscientes marchaban, desafiando las balas, á buscar la muerte... ¡Morir matando! Hermosa frase en aquellos momentos de locura salvaje... Los hombres corrían hacia las trincheras enemigas como si allí estuviese su tierra de promisión... Las bayonetas y fusiles saltaban en mil pedazos para continuar la lucha cuerpo á cuerpo. Carlos vió á un compañero suyo en apurada situación; un alemán le tenía en el suelo y apretaba fuertemente su garganta. No titubeó un momento, su deber era salvarle, y su bayoneta hundiéndose en las espaldas del enemigo. Apresuróse á ver si su compañero tenía aún vida, y al retirar al alemán pudo fijarse en su rostro: entonces, un estreme-

cimiento de horror recorrió su cuerpo; su semblante tornóse cadavérico... ¡Había reconocido en el germano á su padre! Febrilmente, palpóle el corazón; éste aún latía aunque muy débilmente. ¡Tal vez pudiera arrancarlo á la muerte! Y rápido trató de desabrocharle la guerra. Un ademán del herido le contuvo. Sus ojos se escapaban de sus órbitas y le miraban fijamente; una amarga sonrisa se dibujó en su rostro, y en estertóreos suspiros pronunció el nombre de Carlos... ¡Su padre también le había reconocido!... Abrazóse á él fuertemente y prorrumpió en fuertes sollozos...

Una bala perdida, haciendo blanco, puso el final á tan terrible drama.

Al hacer la requisa los sanitarios les encontraron estrechamente abrazados y sus labios unidos en supremo beso.

Luis Tous.

DE ENRIQUE HEINE

(Traducción de Eulogio Florentino Sanz)

Um Mitternacht...

Hacia la media noche, muda y fría,
Sólo vagué, del bosque entre las sombras,
Y de su sueño recordé á los sauces
Que inclinaron de lástima sus copas.

Wir haben viel fir einander gefühlt...

Mucho, en verdad, los dos hemos sentido,
Tú pa mí, yo pa tí, y hemos vivido
Cual marido y mujer, sin que arañado
Nos hayamos jamás, ni sacudido.
Y ambos, con risa, regodeo y broma,
O ya con beso daca y beso toma,
Después cosas de niños,
Jugar al escondite resolvimos;
Y tal jugado habemos,
Y tal maña nos dimos,
Y tan rebién, al fin, nos escondimos,
Que ya nunca jamás nos hallaremos.

El Librepensamiento

El librepensamiento, á mi entender, no es una religión ni una antireligión, sino un método de estudio que consiste en estudiar cualquier asunto con el *pensamiento*, mejor dicho, con la *razón*, completamente *libre* de prejuicios de ninguna clase.

En todas las ciencias hay leyes, postulados y dogmas. Cuando se presenta un hecho que los contradiga, los librepensadores aceptan el hecho, y si no pueden explicarlo con las teorías anteriores, las rechazan y buscan una hipótesis que explique todos los hechos anteriores y además el hecho nuevo. En cambio, los sectarios defienden á todo trance el dogma, la ley ó el postulado, y niegan el hecho y persiguen á los que no aceptan su criterio. Dígalo Galileo, perseguido por los sacerdotes por afirmar el movimiento de la Tierra. Dígalo Galvani, burlado por los científicos, que le llamaban el «danzador de ranas».

El librepensamiento es el único método que se aplica á las matemáticas: la solución de un problema matemático se acepta siempre, lo mismo si conviene á nuestros intereses que si destruye nuestras ilusiones. En cambio, un hecho histórico, si afecta á nuestros prejuicios patrióticos, no se acepta con tanta facilidad. Y si se trata de un hecho que se oponga á prejuicios religiosos, se rechaza casi siempre.

Nadie está en absoluto libre de prejuicios; el que no los tenga religiosos, los tendrá patrióticos ó sociales. Tampoco hay nadie que no pueda estudiar algún asunto como un perfecto librepensador.

Cuando estudiamos un asunto todos procedemos ó como sectarios (si tenemos prejuicios á favor ó en contra), ó como librepensadores. No es posible ser al mismo tiempo las dos cosas. Los que combaten el librepensamiento llamándole fanatismo rojo, ignoran lo que es librepensamiento y lo que es fanatismo.

Los sectarios rechazan toda idea nueva. ¡Cuántas ideas útiles perecerán por culpa

de ellos! Los librepensadores, por el contrario, á toda idea nueva, por utópica que parezca al principio, conceden beligerancia y permiten su exposición, convencidos de que si la idea no es digna de atención, no encontrará partidarios.

Las ideas nuevas son débiles como los niños. Hay que evitar la mortalidad infantil. No hay que combatirlas por sistema, sino examinarlas sin prejuicio. No hay que ser conservador de tradiciones, sino conservador de vidas. La infancia de las ideas nuevas debe estar confiada á los librepensadores, cuya mentalidad, libre de prejuicios, es la única que puede hacer posible el progreso.

No haya temor de que el librepensamiento mate nuestras más queridas ilusiones, destruya nuestros entusiasmos y nos haga indiferentes. Las ilusiones, cuya base no resiste el examen de la razón, vale más que desaparezcan, pues la mayoría de las veces nos proporcionan amargos desengaños, porque nos hacen vivir fuera de la realidad. Tampoco se diga que los librepensadores son hombres sin entusiasmo, ni fé, indiferentes á todo. Eternamente perseguidos por los sacerdotes de todos los intereses creados, por los sectarios de todas las ideas, los librepensadores, sin más fe que en la verdad, sin otra esperanza que el aplauso de su propia conciencia, y movidos de una caridad infinita hacia los ignorantes, se mantienen firmes en su puesto á través de los siglos, se batan á la vanguardia de la civilización, y muchas veces han pagado su amor á la verdad con su vida, con su libertad, ó, por lo menos, con la estimación de sus contemporáneos que, despectivamente, los han llamado soñadores, utopistas, chiflados, quijotes.

Si nunca hubiera habido quijotes, todavía los libros de caballería andante estarían envenenando la inteligencia humana con leyendas absurdas. Si no fuera por los librepensadores, las sociedades humanas estarían aún en embrión. Los librepensado-

res deben ser, por tanto, los maestros de la Humanidad, recíprocamente.

Fernando Redondo

EL TOREO

Tarde llena de sol y de alegría;
en torno al redondel la turba calla
rendida á la emoción, ó bien, estalla,
gritando, en espantosa algarabía.

Contempla de la fiera la osadía
y el arte ó el arrojo de algún diestro
y aguarda, emocionada, á que el maestro
salga á mostrar su brava gallardía.

Suena agudo el clarín, brinda el espada,
llevando la muleta y el acero
va, lento, hacia la res que está cansada.

Muletea tranquilo y altanero,
se perfila y, después de la estocada,
muere el toro (y, á veces, el torero).

Nicolás Benavides

Biblioteca de LOS QUIJOTES

Volúms.

Pesetas.

- 1 El reverso del discurso de Ma-
ra ó la paja en el ojo ajeno.
por E. Barriobero y Herrán ... 1,00

A los suscriptores de LOS QUIJOTES 25 por
100 de descuento.

Cuentos Infantiles

100 surtidos	1,50 pesetas.
500 —	6,00 —
1000 —	10,00 —

En la 4.^a plana de cubiertas puede usted
anunciar su establecimiento ó sus artícu-
los, sin que por ésto aumenten los precios
arriba indicados.

LOS PEDIDOS A

E. G. LINERA

Pasaje del Comercio, 8
MADRID

Tip. de «Los Quijotes», Pasaje del Comercio, 8.—Madrid.

zo un modo de media celada, que encajada con el morrion hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte, y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y por asegurarse de este peligro la tornó á hacer de nuevo poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin que rer hacer nueva experiencia della la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fue luego á ver su rocín, y aunque tenía mas cuartos que un real, y mas tachas que el caballo de Gocela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucefalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro dias se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría: por que (segun se decía él á sí mismo) no era razon que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, y así procuraba acomodárselo de manera que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces: pues estaba muy puesto en razon que mudando su señor estado, mudase él tambien el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenia á la nueva órden y al nuevo ejercicio que ya profesaba: y así despues de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginación, al fin le vino á llamar ROCINANTE, nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre y tan á su gusto á su caballo,

y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narracion dél no se salga un punto de la verdad. Es pues de saber que este sobredicho hidalgo los ratos que estaba ocioso (que eran los mas del año) se daba á leer libros de caballerías con tanta afición y gusto que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías que leer, y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa y aquellas entrecadas razones sayas le parecían de perlas; y mas cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: *la razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra ferrosura*. Y tambien cuando leía: *los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza*. Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacára ni las entendiera el mismo Aristóteles si resucitára para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianis daba y recibía, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen curado no dejaría de tener el rostro y todo

el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con toda alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y darle fin al pie de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cual había sido mejor caballero, Palmerín de Inglaterra, ó Amadís de Gaula; mas masee Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga. En resolución él se enfascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino á perder el juicio. Llévese la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia mas cierta en el mundo. Decía él que el Cid Rui Díaz había sido muy buen caballero; pero que no tenía que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de solo un reves había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había

muerto á Roldán el encantado, valiéndose de la industria de Hércules cuando ahogó á Anteón el hijo de la Tierra entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reynaldos de Montalvan, y mas cuando le veía salir de su castillo, y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel idolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galatón, al ama que tenía y aun á su sobrina de añadidura. En efecto rematado ya su juicio vino á dar en el mas extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda; y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió prisa á poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas á esto suplió su industria, porque de cartones hi-